

en los caracteres. Si fuésemos francos y leales con nosotros mismos, nos confesaríamos que en el teatro de los autores renombradísimos (de Shakespeare y Racine para abajo), poco se puede ya representar y no mucho leer. Oigo repetir que los *Autos Sacramentales* son gloria de nuestra escena. ¿Quién resiste la lectura de un *Auto Sacramental*, como no le estimule curiosidad literaria y erudita? Las mismas comedias de Lope y Calderón, no todas son fáciles de asimilar. ¿Pues y Bretón? Creo que no se le negará su mérito al tuerto insigne... Con todo eso, á duras penas traga el público su *Muñete y verás*, que es un primor. Triste caso: cuanto más entra una comedia en el público de determinada época, más condenada está á olvido, fatal, irremisible. Dentro de su género, dudo que se pueda escribir cosa más de ambiente que *El joven Telémaco*. Esa picante bufonada trajo á España revuelta, y á todo fué aplicable y aplicada, y creo que se la supieron de memoria hasta las piedras de la calle. Hará dos años, no recuerdo con qué motivo, quisieron exhumarla. Fui á reverla. Aquello era, para la generación contemporánea, un jeroglífico. Los chistes se habían evaporado, y sólo quedaba una especie de fría mascarada, ininteligible. Los espectadores se miraban con extrañeza. ¿Era aquella la farsa divertidísima de antaño? Me fijé en un detalle, que acaso lo explica todo. — Cuando *El joven Telémaco* se representaba por la compañía de Arderius, las *suripantás* — palabra de entonces, caída en desuso, — las *suripantás*, digo, lucían, con el traje griego de rigor, las botitas de raso de colores, á la polaca, con unos tacones Luis XV de media cuarta de alto. En la exhumación de *El joven Telémaco*, las coristas calzaban zapatos ó sandalias: no eran *suripantás* ya... Aquellas botitas de marras, que trastornaron cabezas y se agitaron en los ensueños calenturientos de infinitos gallos y pollos (otras palabrejas que han prescrito), eran el signo de actualidad de *El joven Telémaco*. Las botas de raso, con tacón de media cuarta, trocando menudo, se llevaron á las regiones del Leteo á la popular obra.

Blasco siguió produciendo, trabajando, multiplicándose en el teatro y la prensa con incesante actividad; pero siempre conservó el sello, el carácter, el pliegue (aunque sea galicismo) de la época de 1868 á 1878. Siempre acertó á hacerse leer y hacerse escuchar; mas nunca pudo volver á descubrir aquella veta retozona, significativa, que se apodera del público y le subyuga, y que es como la racha afortunada en el juego. Algo que pasa...

* *

En el Ateneo se discute estos días *la novela*. No he asistido á ninguna sesión, por falta de tiempo: raro es tener, aquí, una noche libre, disponible para consagrarla á escuchar debates y conferencias. Oigo tan sólo lo que por ahí se dice, y leo lo que traen los periódicos, y que no permite formar idea clara del giro de la discusión. Lo único que puede deducirse de todas estas referencias, es que no toma parte en ella, por ahora, sino el elemento joven, y que allí se habla de bastantes cosas que no guardan relación con el tema propuesto.

Esto último creo que debe de suceder en toda discusión oral. La palabra es algo que ondea y flota y se esparce y se disuelve, algo líquido ó más bien fluido. Al correr de la palabra van saliendo á plaza las ideas, y cada quisque, al hablar, vacía su cabeza como se vacía un bolsillo en una bandeja de tocador. ¿Que se trata de la novela? No importa; hablemos del duque de Alba, ó de lo que se tercié...

¿Y qué mal hay en ello? El caso es reunirse, disertar, discutir. A mi juicio, la prensa está muy severa con los muchachos de la sección. Si pasasen las noches de los miércoles en Apolo, en el café, en cualquier perdedero de tiempo y narcotizador de cerebro, nadie lo extrañaría. Pero se reúnen, hablan de cosas intelectuales — derecho ó torcido, acertando ó errando, ¡qué importa!, — satisfacen una necesidad más elevada, más humana, que la de fumar maldiciendo ó ver piernas metidas en mallas color de rosa, y no parece sino que no hay cuchufletas bastantes para castigarles de tan grave delito.

No es nueva la observación, ni con ella he de corregir á nadie, pero ciertamente es curioso este modo de ser de la prensa y de las gentes. Haced cosas vacías, inútiles, haced cosas malas; sed holgazanes, sed viciosos: nadie os reprenderá, ninguna censura caerá sobre vuestra cabeza. Reuníos á tratar de literatura, de filosofía, de arte, de algo que al fin vaya aderezado con unos granitos de sal de la inteligencia: ya estáis fresco. Escribid lo que se os ocurra: ya estáis aviado.

Si yo hubiese prendido fuego á una población, ó cometido las estafas de la familia Humbert, ó sido causa de la muerte de alguien, de fijo no me dicen las lindezas que me han dicho por emborronar algunos millares de páginas, hoy trasladadas á varios idiomas...

* *

Sigue la cruzada contra los tranvías eléctricos, que tienen la desgracia de no ser galeras aceleradas. Es muy cierto que los eléctricos han hecho destrozos estos días, y sin embargo, yo los defiendo. Los eléctricos no se salen de sus rieles, y el que es por ellos aplastado, ha ido primero á colocarse en su vía.

En todos los países del mundo hay tranvías eléctricos, que funcionan normalmente, sin levantar este turbión de protestas. Alguna vez ocasionarán desgracias; mas es caso excepcional, y aquí las desgracias son frecuentísimas, sobre todo en los niños. Indaguemos la razón de esta diferencia, y la encontraremos en la angostura de las vías madrileñas y en el abandono de los mismos niños, á quienes se deja jugar en la calle — vivir en la calle sería más exacto. — Por librarse de ellos, por tenerles entretenidos, por falta de escuelas y asilos diurnos de párvulos en cantidad suficiente, los niños se pasan el día en el arroyo, la golfería es legión. En mi país, si no diablan debajo de los eléctricos, se agarran por racimos á la trasera de los coches, se meten bajo los cascos de los caballos, y es un problema de asaz difícil solución el no matar á un chico cada tarde. Sólo á fuerza de precauciones se consigue; precauciones que puede adoptar un carruaje particular, no un coche de línea para el servicio público. Es triste, es doloroso, hay que tratar de evitarlo; pero mientras los chiquillos, descuidados por sus padres, hagan juguete y diversión del tranvía, habrá criaturas despachurradas, pese á todas las multas y á todas las providencias que se adopten.

* *

Las viejecitas, los sordos, los cortos de vista, los torpes en correr, están expuestos de igual modo á sufrir el cruel topetazo del tranvía, á caer por él arrollados. ¿Quién lo duda? No por eso se ha de limitar la circulación de tranvías, como no se ha de renunciar á edificar porque se caigan de los andamios los albañiles. Soy bastante miope y un día puedo ser cogida por el tranvía, del modo más soso. Declaro que sólo me quejaré en el caso referido anteayer por los diarios, ó en otro por el estilo: que, al querer subir á la plataforma, no me den tiempo y me arrastren. Eso sí que no les es lícito; eso sí que constituye una verdadera grave falta. Pero á los que se meten de grado y literalmente bajo las ruedas, ¿cómo salvarles? ¿Cómo detener instantáneamente el coche, suspenso en el aire para que no haga daño?

* *

Se habla mucho de trabajos y gestiones contra la trata de blancas; esto es loable, merece respeto, debe alentarse... pero sin perder de vista que el origen del mal está más hondo y que á no extirpar sus raíces no se conseguirá atajarlo eficazmente.

La trata de blancas... Forma aguda de una enfermedad crónica, y enfermedad crónica sostenida por un estado general del sexo femenino que en España menos que en ninguna se aspira á modificar y mejorar.

La mujer, sin instrucción completa, sin derechos, sin libertad para la competencia, sin alternativa en ningún ramo, autorizada únicamente á turnar con el hombre en las labores más penosas del taller y del campo, ¿qué asidero tiene para evitar ese escollo en que naufragan la mocedad y la honra?

Es tanto lo que acerca de este capítulo se podría decir, que vale más no empezar siquiera, y limitarse á afirmar que la *blancura* se corrige con baños de tinta, ¡con lo mismo que se corregirían tantas cosas! Instrucción, instrucción, instrucción, equidad, equidad, libertad, acceso á todo; que la mujer pueda hacer cuanto la permitan sus facultades, sin tropezar en preocupaciones ni en caprichosas trabas. Siempre habrá *blancas*, como siempre habrá alcohólicos y delincuentes; sólo que los habrá en menor número; no serán una plaga tan extensa, tan descorazonadora, ni tan funesta en sus consecuencias. Y es cuanto se puede pedir.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MENESTRA DE CUARESMA

Tengo una manía: la de cantar las cosas cuando la gente se las calla ó las niega, y callarlas cuando la gente las divulga á gritos. Vengo clamando aquí contra la barbarie de las costumbres en la capital, donde, por lo menos, debiera estar reprimida y contenida esa barbarie mediante la acción de la autoridad y de la ley, ya que otros sistemas de corrección á mi ver más eficaces, pero más lentos y pacientes, no se emplean; no quiero reincidir hoy, porque la prensa, unánime, ha protestado contra los excesos de la muchedumbre en estos días de Carnestolendas y contra lo que revelan esos excesos; y un diario, *El Nacional*, publica oportuna *Carta de un riffeño*, que me recuerda el artificio de las *Cartas persas*; la reprensión de las costumbres de una corte y de un país nominalmente civilizado, por la comparación con las de otro país que no ostenta el mismo título, pero en el cual no ocurren ciertos desmanes...

* *

Dejemos, pues, aparte este asunto ya tratado hasta la saciedad en otras ocasiones, y consagremos algunas líneas á la muerte de Eusebio Blasco. No fué del número de mis amigos este escritor ameno y dotado de verdadero ingenio, y por lo tanto es bien segura mi imparcialidad al reconocer que con su muerte pierde la prensa española uno de sus más brillantes *chroniqueurs*. De otros aspectos de la personalidad literaria de Eusebio Blasco habría mucho que decir para justipreciar debidamente sus títulos al recuerdo de la posteridad. Como poeta lírico tal vez no se le estimó cuanto merecía: algunas de las poesías contenidas en *Soledades* caben entre lo escogido de nuestro Parnaso contemporáneo. De sus *Cuentos baturros* deben señalarse algunos llenos de donaire, aunque recarguen con exageración el carácter del pueblo aragonés. En su teatro también hay algo que acaso no muera pronto, por más que el teatro, en general, es flor de un día, sobre todo cuando ni expresa el alma nacional ni cava hondo